

LOS LECTORES INGLESES DEL "QUIJOTE"

COMO es el caso de los alemanes con Shakespeare, los ingleses consideramos a Cervantes en parte nuestro. Siempre hemos sido admiradores suyos. Sabido es que al inglés se hizo la primera traducción de *Don Quijote* y todavía es posible que se demuestre, contra lo que se ha creído, que la primera traducción publicada fué también en inglés. Hemos sido constantes en nuestro amor y seguimos tan admiradores hoy como siempre. Solamente de una versión de *Don Quijote*, publicada en 1950, se han venido vendiendo a razón de casi veinte mil ejemplares por año. Esto es una renta para el traductor, y conseguida en competencia con las traducciones establecidas y con varias otras hechas desde el fin de la última guerra, todas buenas, todas populares (hablo de la devoción popular en Inglaterra y por lo tanto me ciño al *Quijote*).

¿Qué es lo que más nos atrae a los ingleses en este nunca bastante alabado libro? Entro por nuestro lado flaco, porque así sospecho que es, nuestra inocente debilidad. Creemos los ingleses que tenemos un sentido del humor que nos distingue de las demás naciones. ¿Quién sabe? Sobre eso hay mucho que decir. De todos modos, le damos al humor mayor importancia que en muchos países. Ahora bien, no sabemos cómo definirlo; no lo sabe nadie, pero sabemos a ciencia cierta que en materia de humor, Cervantes es rey, y, monarca en este reino, tiene trono en el nuestro también.



Otra eximia cualidad le reconocemos a nuestro autor, y esto es más sorprendente. Reconocemos, y a través de traducciones, que Cervantes es el gran prosista de los tiempos modernos. Poetas hay en nuestros siglos para comparar con los más grandes de la antigüedad, con el Salmista, con Homero, Esquilo, Virgilio; pero ¿a quién podemos señalar en estos tiempos para equipararlo con Tucídides, Demóstenes, Platón, Tácito? Solamente a uno, a Cervantes. Y esta verdad la vislumbramos aún en el inglés de los traductores. Su pleno y alborozado reconocimiento es el más alto galardón que le espera al estudioso del castellano.

El tercer atractivo que nos cautiva en el *Quijote* es el mismo contenido y éste, desde luego, es el principal factor que explica su perenne popularidad y profunda influencia en Inglaterra. Estamos compenetrados con el libro. Ofrezco un solo ejemplo. Hace 45 años el gran literato Quiller-Couch pronunció sus primeras conferencias en la nueva cátedra de Literatura Inglesa en la Universidad de Cambridge. Ya en la primera, considerando cómo habría de ser la enseñanza en su cátedra (el inglés era nueva disciplina universitaria), cita a aquel pintor del *Quijote*, que a quienes le preguntan qué pinta, contesta: «Eso es como saliere». En la segunda conferencia, al introducir una larga cita que califica de «una de las más sencillas y más sabias observaciones de Don Quijote», dice entre paréntesis: «Caballeros, andando el tiempo y a la medida que nos vamos conociendo, fácilmente se darán cuenta de quienes son mis autores favoritos».

(Permitaseme mencionar que en otra conferencia, la quinta, Quiller-Couch cita otra frase como modelo de estilo —y esto en traducción).

Estos son, pues, los elementos que más distinguimos en el *Quijote*, el humor, la prosa y el contenido, esto sobre todo, el libro en sí.

A fin de cuentas, queremos y leemos a Cervantes por las mismas razones que los españoles. En el *Quijote* vemos el mundo bellamente matizado que los españoles ven, las dos vertientes, idealismo y realismo, pero no concentrado el uno en Don Quijote ni el otro en Sancho Panza. Es un mundo habitado por hombres que son «como nosotros pero mejores» (como dice Aristóteles de los personajes de Sófocles). En términos de la conocida figura con que Platón empieza el séptimo libro de la *República*, todos vivimos en una cueva condenados a ver solamente las sombras de cosas proyectadas sobre el muro por un fuego que está detrás de nosotros; pero gracias al príncipe de los escritores españoles, nos



es dado en este libro volvernos y contemplar el fuego mismo y ver más allá la luz del día que nos muestra las cosas como son y a los hombres como somos. Tal es nuestra deuda a Cervantes y a su gran libro: posesión para siempre, deuda que no olvidamos.

